# EL REY BASILIO
## DE
# DINAMARCA.
### SEGUNDA PARTE.

YA dixe, que la Princesa,
desesperada, y corrida,
con la respuesta del Conde,
á su quarto se retira,
y de sus hermosos ojos
disparando baterias
en municiones de perlas,
las rosas de sus mexillas
tristemente cultivaba,
y de esta suerte decia:
Ingrato, y aleve Conde,
mal pagaste mis caricias,
falsas fueron tus finezas,
y tus promesas mentidas:
cruel has sido conmigo
mas de leal te acreditas.
Finalmente se resuelve,
aunque con grandes fatigas,
en otorgar los conciertos,
que con Albania tenia.
El Conde quando lo supo,
á el Rey suplicado habia,
le concediese licencia,
porque era cosa precisa
el volver á sus Estados,
segun su hermana le avisa,
por no hallarse á el desposorio
de su Princesa divina.
El Rey, y toda su Corte
sintió mucho su partida;
pero el Principe de Albania
apresuró su venida,
y en aceleradas marchas
llegó al Palacio, ó la Quinta
de la Duquesa Isabela,
hermana, que dixe arriba
del Gran Conde Federico;
y á recibirle salia
la Duquesa es muy hermosa,
y por extremo entendida,
es afable, y cariñosa,
y en efecto es toda linda.

El Principe vió sus ojos,
su discrecion, gallardía,
y Cupido le tiró
una flecha tan activa,
que el corazon le atraviesa,
y el alma quedó cautiva.
Ya no se acuerda del trato,
ni concierto á que venia:
solo á la Duquesa adora,
y á la Princesa no estima;
porque solo la Duquesa
es objeto de su vista.
Y como con gran cortejo
estuvo alli quatro dias,
en vivo fuego abrasado;
y por mitigar sus iras,
una noche á media noche,
hizo la accion atrevida
de arrojarse á su retrete,
camarin donde dormia.
Con una llave maestra,
una falsa puerta abria,
la Duquesa está rezando,
y apenas vió su osadía,
descolgando dos pistolas,
de esta suerte le decía:
Repórtese vuestra Alteza,
que á su perdicion camina;
ó vive Dios que en su pecho,
tiene de ver esculpidas,
de estos incendios de fuego,
sus balas insensitivas.
Por donde entró vuestra Alteza,
retírese á toda prisa.
Pero el Príncipe responde:
Cese, Isabela querida,
cesen, mi Duquesa hermosa,
tus bien concertadas iras,
¡qué mas balas, que tus ojos,
qué mas rayos, que sus niñas!
de Albania la Real Corona
hoy á tus plantas la miras;
tú has de ser Reyna, Duquesa,
aquesta mano lo afirma,
mano, y palabra te doy,

y tambien cedula escrita,
con mi Sello Real firmada,
si és, que así mi fé acreditas.
Era el Príncipe galan,
y la Duquesa, que vía
su noble resolucion,
y Corona, que le brinda;
todavía no contenta,
le dice: Príncipe, mira
lo que emprendes en dexar
á la Princesa mi prima,
ofendiendo á Dinamarca,
lo que resultar podia.
Este es mi gusto, Duquesa,
aunque el mundo se arda en iras
tú has de ser Reyna, Isabela,
esto mi fé lo publica.
No estoy, Príncipe contenta,
entra en mi Oratorio, y mira,
que me jures la palabra,
ante la Imagen Divina
de este hermoso Crucifixo.
Y el Príncipe de rodillas;
juró por aquella Imagen
la palabra prometida.
En su camara le entra,
donde entre dulces delicias,
logró cumplir su deseo,
que tanto lo apetecía.
Mas el correo del gusto,
tan velozmente camina,
que dentro de breve rato
se desparece á la vista.
Entre los tiernos arrullos,
quedó Isabela dormida;
vistióse el Príncipe á el punto,
y la Duquesa tenia
sobre su bufete puesta
una carta medio escrita
de cariñosos requiebros,
que de esta suerte decía:
Glorioso Capitan mio,
mil abrazos dar queria
en lugar de parabienes
á tu dichosa venida.

Esta

Esta era para su hermano;
pero el Príncipe entendia,
que seria algun amante,
que la Duquesa tenia.
Arrepentido, y zeloso,
tomando postas aprisa,
á Dinamarca se parte,
dexando esta flor marchita:
Quando despertó Isabela,
que sus criados le avisan,
que el Principe por la posta
caminaba á toda prisa:
aqui fueron los suspiros,
las lágrimas, y fatigas,
y de su rubia garzota,
arrancar las hebras finas.
De sus galas se despoja,
y de luto se vestia:
todo de negras bayetas
su Palacio lo cubria,
y metida en su Oratorio,
está de noche, y de dia.
Volvamos al Conde, que,
entre congojas no vistas,
á su Palacio llegó,
y en lugar de telas finas,
miró todas las paredes
de negro luto vestidas:
preguntó, ¿es muerta Isabela?
Y los criados le avisan,
no señor, que el Oratorio
es su Camara, y su quinta.
Entró el Conde á su Oratorio,
y la Duquesa dormida
estaba junto á el Altar
de negro luto vestida;
y entre sueños, y congoxas,
tristemente repetía:
Rey Soberano, y Eterno,
justicia, Señor, justicia,
á Vos ha sido la ofensa,
y el ampararme os precisa.
Ese Principe Albanés
con la palabra benigna,
que ante Vos me dió, gozó

de mi castidad invicta;
y si mi hermano lo sabe,
tendrá fin mi triste vida.
Oyendo su agravio el Conde,
mano á la daga ponia,
diciendole, fiera, ingrata,
pagarás tu demasía,
mas al tiempo de ir á darle,
de la Cruz se desprendía
aquel Señor Soberano,
y el impulso detenia:
la daga se cayó á el Conde,
é hincandose de rodillas,
el prodigio le suspende,
y su culpa le horroriza.
Despertando la Duquesa
vió el amparo, y se confia
en el Señor Poderoso,
que aplacó tan nobles iras.
Contó el suceso á su hermano,
y el Conde le ha dicho, aprisa
desnudense esas paredes,
vistanse de telas ricas,
ponte tus mejores galas,
y á Dinamarca camina,
que mientras ciño esta espada,
nada á mí me atemoriza.
Dexémoslos caminar,
y vamos á la alegria,
las fiestas, y los torneos,
que en Dinamarca se hacian,
á celebrar, aplaudiendo
del Príncipe la venida.
La boda se dilató,
porque la Princesa invicta,
estaba un poco indispuesta,
de graves melancolías;
y solo por alegrarla,
dispusieron cierto dia
unos torneos de gala,
y con garvo, y gallardía,
el Príncipe salió en ellos;
mas á la primer corrida,
se lé desbocó el Caballo,
¡valgame Dios, que desdicha!

Mi-

Midió la tierra infelice,
y socorriendole aprisa,
sin sentido lo llevaron
á Palacio, y la caida
tanto le atormentó el pecho,
que asi estuvo medio dia,
de Fisicos rodeado,
y con nobles medicinas.
En esto al Rey le avisaron,
como á Palacio venia
el Conde con la Duquesa,
su sobrino, y su sobrina:
Salió el Rey á recibirlos,
y contando la desdicha
del Principe, dixo el Conde:
Pues gran Señor mi venida,
solo es á pediros campo
contra quien me tiraniza
el honor con falsedades,
con promesas, y mentiras.
Contóle en fin, el suceso,
y el Rey suspenso se admira.
En esto el Príncipe vuelve
al poder de medicinas;
y quando vió á la Duquesa,
le dice: Prenda querida,
tú eres Princesa de Albania,
aunque yó pierda la vida.
En el otro mundo he estado,
y aquella Imagen Divina,
ante quien te dí palabra,
muy enojado me avisa,
que te cumpla lo que debo,
si no quiero ver sus iras:
Con que mi Esposa has de ser,
aunque me cueste la vida.
El Rey replicó, ¿pues como
desairada queda mi hija?
Y la Princesa responde,
mostrando grande alegria:
Esposo tengo yó, Padre,
tan bueno, y de tal estima.
¿Quién es? le pregunta el Rey,
el Conde hincó la rodilla,
y en breve le ha dado cuenta
de sus venturosas dichas,
de su lealtad, y nobleza,
y valor, que le acredita.
Con que toda Dinamarca,
con júbilos, y alegrias,
celebraron las dos bodas,
que se hicieron en un dia.
De tan peregrino caso,
tuvo Bermudo noticia,
y dió á la Prensa estos rasgos
y al Auditorio suplica,
que perdonen de su pluma,
las faltas que aquí se admiran.

**Con licencia: En Sevilla, por la Viuda de Vazquez y Compañia. Año de 1816.**